



## Controles policiales, asuntos rutinarios

# Todos somos sospechosos

**Y**A en la dictadura era costumbre el aumento de las redadas con la llegada del otoño. Las zonas de prostitución, los bares de homosexuales, ciertas zonas de algunos barrios eran batidas policialmente cuando el relajo veraniego terminaba. Con la democracia pasa lo mismo. El año pasado la alarma ciudadana alcanzó sus cotas más altas en los tres últimos meses. También las detenciones y vistas judiciales. Este año la historia se repite. El tema de la delincuencia, aunque siempre presente, ha estado desde la primavera hasta ahora más sosegado. Tras varias redadas en barrios periféricos a finales de agosto y primeras semanas de septiembre (1), han llegado los controles. Los periódicos hablan de inseguridad en las calles, de navajeros, asaltantes, rateros desesperados. El miedo del ciudadano aumenta hasta la paranoia.

Lo cierto es que el ambiente de inseguridad ha aumentado otra vez, las puertas de las casas se han reforzado con más candados. Es difícil conseguir

que lo coloquen antes de diez días, tanta es la demanda. Los "fac" se agotan en las ferreterías. Y las cadenas. Algunos, más alarmistas, hasta ponen en la puerta una fina chapa de acero. El precio, unas 175.000 pesetas que más de uno se ha gastado tras intento de robo en su domicilio.

Con este clima social favorable, 50 controles policiales se han establecido desde primeros de mes en Madrid. Todos son nocturnos. Cada uno consta de cuatro agentes de la Policía Armada y dos inspectores del Cuerpo General de Policía. Hay también un coche patrulla por si alguien huye del control. Antes se intalan discos que limitan la velocidad a 30 kilómetros por hora como máximo. Un segundo indicador advierte: "Alto, Policía". Algunos agentes llevan raqueta luminosa y traje reflectante. Según el gabinete de prensa de la Jefatura Superior de Policía, los lugares en los que se establecen son rotativos, unos fijos y otros intercambiables. "Lo que no podemos decir es cuánto van a durar, porque eso se lleva en secreto".

El número de detenidos varía entre veinte y cincuenta días

### GONZALO GOICOECHEA

rios. Según la Policía, la mayor parte pasan a disposición del juez. Muchos son delincuentes habituales y se les suele encontrar útiles de robo y armas. "Normalmente, la pericia policial es la que indica quién es sospechoso. Cuando es así se les cachea y se les registra el automóvil, que muchas veces es robado".

¿Molesta a la gente el control? En el gabinete de prensa de la JSP afirman rotundamente que no: "La gente normal lo que hace es alegrarse de que, al fin, haya seguridad en la calle". Varios taxistas consultados contestan contradiciéndose unos con otros. Para unos, desde los controles ha disminuido el ambiente nocturno: "Mire usted, yo entre las once y esta hora (las dos de la mañana) hacía una media de diez carreras. Desde hace unos días no hago más de cinco, hoy llevo tres". Otros, sin embargo, no están de acuerdo: "Yo no creo que los controles tengan nada que ver. Lo que sí ha influido es la subida de las tarifas. Pero los controles no creo que tengan nada que ver. El público, al contrario, yo creo que se siente más seguro, porque, desde luego, la

noche se ha puesto peligrosa y por nada te sacan una navaja".

Tras la primera semana de controles, el gobernador civil de Madrid declaraba a "El País" que éstos "no se deben a un incremento de la delincuencia, sino a un intento de limpiar la vida nocturna de la ciudad de forma constante". Y añadía: "Pretendemos que haya un mayor control de la gente en estas horas, porque, según demuestran los controles establecidos, determinado tráfico de drogas y la delincuencia en general encuentran el campo abonado para su actuación".

Siempre se ha mirado mal a los noctámbulos. El orden gusta de la claridad. Las sociedades occidentales caminan con firmeza hacia el control total de los ciudadanos. Es necesario que se recluyan en sus casas y no salgan más que para trabajar. Para el ocio tienen la televisión. Es innegable que ha aumentado la delincuencia y que las calles son menos seguras, los asaltos navajeros, más habituales. Pero, ¿justifica eso un control creciente?, ¿se puede considerar libre a una comunidad que con asiduidad debe identificarse? A ese paso todos nos convertimos en sospechosos. De hecho, ante un control, todos somos sospechosos.

Cada vez más, la noche se nos muere. Una ciudad como Madrid, que incluso con la dictadura conservó, como una de sus mejores cualidades, la animación de sus noches, es cada vez más triste. Los locales, los bares, las cafeterías y los clubs, con la excusa del ahorro de energía, se cierran mucho antes que hace varios años. Los taxistas, profundos conocedores de estas cosas, se muestran unánimes: la noche de Madrid ya no es lo que era. Entre los delincuentes, los controles y la crisis económica la están matando. Lo peor es que casi todos hemos puesto un cerrojo más en nuestras puertas. Sufrimos la paranoia del "palo", del robo desesperado. Nos pasa como contaba Anthony Burgess en "La naranja mecánica": vendemos nuestra libertad a cambio de seguridad. Y al final, nos quedamos sin libertad y la seguridad se vuelve contra nosotros, porque para ella también somos sospechosos. ■ Foto de A. G. cedida por "D-16".

(1) Ver TRIUNFO, número 814.